



Baltar, Rosalía. "Reseña bibliográfica: Giorgio Agamben, *Gusto*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2018, vol. 7, n° 13, pp. 153-155

Giorgio Agamben
Gusto
Buenos Aires
Adriana Hidalgo
2016
70 pp.



Rosalía Baltar¹

Recibido: 30/12/2017

Aceptado: 01/02/2018

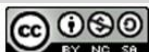
Publicado: 12/03/2018

Que no cabe en mí cuanto en vos veo
Garcilaso, soneto V

El “gusto”: una forma de placer que sabe y de saber que goza. Un algo que se describe con una metáfora que recurre al más opaco de los sentidos —el gusto. En la columna vertebral del pensamiento de Occidente, el gusto o una piedra en el zapato del puro placer y la pura apariencia (lo bello) y una estocada a la razón argumentativa que nos llevaría a la verdad y el ser. En definitiva, poca explicación para lo que el gusto es, pese a los gruesos volúmenes que, desde múltiples perspectivas, lo ven, lo escuchan, lo miden, lo pesan, lo racionalizan, lo estudian (pongamos de ejemplo el tratado so-

bre la diferencia de Pierre Bourdieu o el pequeño libro de Giorgio Agamben). Se trata de un problema multifacético en cuyos modos de aproximación situamos la filosofía y la sociología, pero, especialmente, la estética y la ética, dentro de un espectro muy extendido de miradas en torno a esto que es sentido y es regla, que es exterioridad e interiores, que puede ser subjetividad o consenso. En este caso, Agamben saca el máximo provecho a una escasa bibliografía fundamental (Platón, Campanella, Ludovico, Kant, Marx, Nietzsche, Diderot, Rousseau, Lacan, Lévi-Strauss) y recorre lo que llamará *situación del gusto* a través del análisis exhaustivo de la cita, el ojo atento a la filigrana de la etimología y el sometimiento del lenguaje a una búsqueda de precisión aguda, todos aspectos característicos de su política

¹ Doctora en Letras (UNMDP). Contacto: rosalia.baltar@gmail.com



de escritura y lectura, compartida con otros textos suyos.

El historiador americanista Ruggiero Romano (1923-2002), un intelectual al que tuvimos oportunidad de disfrutar en Mar del Plata en ocasión de un seminario que dictara para nuestros posgrados en octubre de 1997, dirigió la *Enciclopedia Einaudi*, un proyecto que intentó, con optimismo, repensar el saber enciclopédico a partir de proponer voces y recorridos multidisciplinarios que, a su vez, demandaron la participación activa de sus lectores. Al joven filósofo Giorgio Agamben se le delegó escribir la entrada “Gusto” en 1979 y que se traduce hoy en una de las colecciones de Adriana Hidalgo. Agamben se abre paso con un tema particular en un contexto de discusión y de auge del estructuralismo: con un atrevimiento casi sin límites, diría que tal vez las hipótesis que recorren el texto están constitutivamente atravesadas por ese presente que es posible reconocer en la lingüística, en la economía política, en el psicoanálisis y en la antropología. En todas esas disciplinas se observa que algo del todo no es meramente la suma de las partes; hay algo excedente, sobrante, por encima (o por debajo), algo que se escapa al pensamiento lógico de la ciencia, una falta. A partir de allí, me parece, y no al revés, como el recorrido cronológico de Platón a Lacan lo sugeriría, es que se lee para atrás la relación entre belleza y verdad, entre placer y saber, en medio de la cual se aloja la reflexión sobre el gusto.

El diminuto tratado de Agamben propone enfrentar la estética entendida en su tradición, históricamente cerrada, y como un *campo*, a una *situación del gusto*, oportunidad en la que se da la fractura entre verdad y belleza y entre conocimiento y placer que constituye el pensamiento occidental, de Platón en adelante. La verdad es invisible y la belleza, señala el filósofo griego en el *Fedro*, tiene la cualidad de poseer imágenes de la visión; allí radica la división entre apariencia y ser, es decir, un problema metafísico de arranque. Así, la belleza platónica se expresa en una parado-

ja: la visibilidad de lo invisible, la aparición sensible de la idea. En esta paradoja halla su sustento la teoría del amor en Platón, una forma de conocimiento que arraiga en el concepto de la visibilidad de la belleza. El amor estará a mitad de camino entre la belleza y la verdad: constituirá el nexo entre ambas y por ello mismo expondrá su diferencia. El nexo entre verdad y belleza y la posición paradójal está en el núcleo de la teoría platónica: la belleza no puede ser conocida y la verdad no puede ser vista. ¿Es posible zanjar esta paradoja? Ahí está el amor para mediar y arribar a la posibilidad de comprender un saber que sea susceptible del goce y un placer que se apropie del saber. Este origen solidario entre ciencia y placer es desconocido o ignorado en la tratadística sobre el gusto del siglo XVIII.

El amor une belleza y verdad (apariciencia y ser) y, al mismo tiempo, exhibe la diferencia entre ambas: tal la tarea que Platón le asigna a la teoría del amor y su intento por instituir un “saber distinto” y “una salvación de los fenómenos entre la invisibilidad de la evidencia (la verdad) y la evidencia de lo invisible (belleza)” (19). Además, Eros, para Platón, no es sólo un “saber distinto”, sino “otro placer”. El gusto será un enigma que surge en los intersticios entre saber y placer:

El concepto de gusto [es] la cifra en la que la cultura occidental ha fijado el ideal de un saber que se presenta como el conocimiento más pleno en el instante mismo en el cual se subraya su imposibilidad. Un saber semejante, en el cual vendría a suturarse la escisión metafísica entre sensible e inteligible, es, en efecto, un saber que el sujeto propiamente no sabe, porque no puede dar razón de él, un sentido que falta o que es excesivo, que se sitúa en la interferencia de conocimiento y placer (de aquí su designación metafórica con el nombre del sentido más opaco), cuya falta o cuyo exceso sin embargo defi-

nen de modo esencial el estatus de la ciencia (entendida como saber que se sabe, del cual se puede dar razón y que puede por ese motivo ser aprendido y transmitido) y el estatus del placer (entendido como un tener sobre el cual no puede fundarse un saber) (40).

Desde el concepto antropológico de “significante excedente”, entonces, Agamben relee la historia de esa excedencia incompatible con la ciencia y con el placer y también extiende la noción a disciplinas más allá de la antropología, observando cómo la diferencia entre conocimiento y significación que plantea Lévi-Strauss puede leerse en, precisamente, el gusto.

Retomo: el amor, en Platón, tenía cualidades adivinatorias (el adivino sabe sin saber), es una *manía*. Vemos un todo que no está en ninguna de sus partes. De esa cualidad oracular en declive con el auge de las ciencias son deudoras algunas disciplinas que asumen tanto el saber que no se sabe como el placer que no se goza: la estética (cuyo objeto, el significado excedente, llamamos *bello*), los estudios “filológicos” (si el objeto es la lectura, ¿quién sabe quién lee?), la economía política (la forma-valor y el carácter fetiche de la mercancía fundado en el valor de cambio), el psicoanálisis (el inconsciente). El gusto, entonces, se instala en una zona evanescente (aquel *no se qué* formulado por Diderot o Montesquieu) que responde a una apreciación, conocimiento y goce presente en esa forma de concebir a Eros que propone Platón.

Hay tres conclusiones al extenso análisis que resumo aquí que considero centrales: la primera es que la fractura entre significación y conocimiento o entre lo semiótico y lo semántico que se piensa en el siglo XX no es algo puntual de ese momento y que se produjo fuera del hombre, sino que es una fractura del propio sujeto de saber, del hombre en su condición de *Homo sapiens*, lo que proclama, a viva voz, que todavía no sabemos quién es el

sujeto que conoce; la segunda es que mientras en la cultura moderna se consolidaban las ciencias de la naturaleza también surgieron y se expandieron esas ciencias semióticas “que tomaban por objeto al saber que no se sabe y al placer que no se goza” (53), esto es, el área del significante excedente. Ningún pragmatismo ha permitido, a fin de cuentas, que la curiosidad por ese terreno inabordable fuera ocluido definitivamente: no olvidemos que un placer del gusto es el sabor de las cosas y que *saber/sapor* son parientes etimológicos. Por último: en la reflexión sobre el gusto hay una tensión entre pares opuestos, hay distancias y hay uniones que instalan una interrogación profunda respecto de la relación entre un sujeto y lo otro, tal vez la preocupación central de Agamben en todos sus ensayos.

Llamo la atención, para finalizar, sobre la colección de la editorial Adriana Hidalgo, “filosofía/fundamentales” y su presentación, a modo de manifiesto político, en la contratapa:

En tiempos de profunda crisis global, la colección *fundamentales* de Adriana Hidalgo editora se dedica a tratar temas centrales del presente a través de destacadísimos pensadores y científicos internacionales, especialmente convocados. Cada libro constituye una lúcida puesta al día, medular y concisa, que al mismo tiempo se propone combatir el desconocimiento cultural, científico y civil.

Sin concesiones, esto nos recuerda el mundo en el que estamos viviendo y cómo todavía podemos apostar a la lectura filosófica como un mecanismo estratégico de resistencia a esa globalización cuyos presupuestos teóricos y sus prácticas se imponen desde la comunicación y la pedagogía para cooptar y estandarizar una mirada del “sentido común” pasiva y acrítica.